

CRONICA RETROSPECTIVA

Tras de las bambalinas (Gluck en París)

UNA GENEROSA INVITACION

El Duque de Deux-Ponts, que fué un verdadero mecenas, amaba a los franceses, pero detestaba su música. Por esto, hizo venir a París al compositor Gluck, quien debía habitar la mansión de Deux-Ponts durante todo el tiempo que le placiera residir en esta ciudad, donde deseaba hacer representar una ópera en la que trabajaba todavía. Como trajo consigo a su mujer, su hija y su doméstico, se le dispuso un pequeño departamento al lado de la cámara que ocupaba yo mismo.

Su ópera «Ifigenia» estaba ya suficientemente avanzada como para que se pudieran ensayar los primeros actos, lo que no se hizo siempre sin dificultades, tanto porque Mr. du Rollet rechazaba a veces sustituir los versos de Racine con palabras que conviniesen mejor al compositor, como también porque la orquesta, los actores y las actrices no sabían, según Gluck, cantar ni declamar, ni incluso sacar partido de sus instrumentos. Su amor propio estaba herido a lo vivo, al tener que aprenderlo de un maestro alemán (con un italiano ciertamente se hubieran mostrado más dóciles). Mme. Gluck temblaba cada vez que su marido acudía a aquellos ensayos, que podrían calificarse con mayor justeza de lecciones de bel canto y de declamación; porque era esto lo que se esforzaba en corregir a unos músicos consumados, ídolos de los parisinos, acostumbrados a los aplausos de sus compatriotas y que se creían de buena fe los primeros artistas del mundo.

La animosa señora de Gluck le acompañaba y hacía cuanto le era posible para impedirle dar rienda suelta a su mal humor y a su franca manera de hablar, demasiado germánica en ocasiones, durante los tumultuosos ensayos que se sucedieron.

GLUCK, EN LA INTIMIDAD

Cualquiera que se hallara frente a Gluck, vestido con su bata y tocado con una peluca redonda, no hubiera ciertamente reconocido en él al hombre superior, al genio musical que era.

De una talla superior a la media, sin ser grueso estaba un poco abotargado, macizo y muy musculoso; su cabeza era grande; la cara rojiza; los ojos, pequeños, ligeramente hundidos, pero centelleantes y plenos de expresión.

De un carácter abierto, pero vivo e

irascible, le costaba gran esfuerzo someterse a las reglas de la cortesía y a los usos obligados en el gran mundo. Fanático de la verdad, a un gato le llamaba gato y escandalizaba veinte veces al día los oídos delicados de los parisinos, acostumbrados a la adulación y a ese comercio de la mentira que constituye el saber vivir. Insensible a los elogios cuando no provenían de personas que estimaba, no quería agradar sino a los verdaderos entendidos. En la manera de testimoniar su afecto a su mujer, a su hija y a sus amigos no tomaba jamás la menor parte en ninguna manifestación exterior, ni la menor caricia. Comía y bebía como Gargantúa, sin indigestarse jamás ni emborracharse. Su egotismo en la mesa no conocía límites y no sentía escrúpulos al atribuirse siempre las mejores y más grandes tajadas. Interesado, sin ser avaro, amaba al dinero y no lo ocultaba.

IMAGEN DE MME. GLUCK

Mme. Gluck era, si se puede decir, lo contrario de su marido. En ella se unían la simplicidad y la nobleza de las maneras con una gran delicadeza de alma. Amaba, sin ostentación, pero apasionadamente, a su marido, al que vigilaba en el menor de sus pasos. Tenía, en el más alto grado, el arte de gobernar sin demostrar nunca la contrariedad de cumplir algo enemigo de sus deseos.

Su hogar carecía de hijos; pero habían adoptado la hija del teniente coronel Gluck, hermano del compositor. Era una muchacha de dieciséis años, alta, bien formada, de un hermoso color, cuyo rostro oval iluminaban hermosos ojos azules; la boca, un poco grande, la guarnecían magníficos dientes de deslumbrante blancura. Había recibido una buena educación; formada en la escuela de su padre adoptivo y del famoso Mélico, demostraba gusto y método y prometía llegar a ser una perfecta cantante.

EL TRADUCTOR DE ORFEO Y EURIDICE

Después de comer, fuimos a ver las dos piezas del departamento de Gluck, que no estaban todavía dispuestas. Encontramos a los obreros trabajando y a una hermosa y gentil camarera, subida en lo alto de una escala, cosiendo los bordados de alrededor de un tapiz. Como estaba muy bien formada y su falda era muy corta, no pude reprimir

el elogiarla por la belleza de sus piernas. Respondió de buen humor a nuestros elogios, doblando un poco las rodillas para procurar que descendiera la falda; después, dirigiéndose a Gluck, le dijo: —«Tengo un favor que pedir al señor. En nuestra casa, en el cuarto piso, habita un poetilla en almacigo que desearía ardentemente tener el honor de trabajar para usted».

—¡Está bien!, respondió Gluck, envíemelo mañana; si me conviene, le emplearé.

Al día siguiente, temprano, la tapicera presentó al compositor su poetilla en almacigo, que no era otro que el señor Molines. Complació al músico y se puso de inmediato a traducir, al dictado y bajo la dirección de Gluck, su ópera Orfeo y Eurídice, lo que le valió nuevos y peligrosos enemigos... Marmontel, Sedaine y varios otros escritores renombrados esperaban tener el honor de trabajar con el gran músico. Cuando vieron preferir a un joven desconocido, desencadenaron contra él sus dicitos, tratándole de bárbaro incapaz de sentir la belleza de un verso francés. Como yo escuchara insultos de esa suerte en la sociedad que frecuentaba, se lo comuniqué a Gluck, quien no hizo sino reír. «Para un compositor de ópera, me dijo, lo que hace falta no son versos finamente cincelados, a los que los espectadores no podrían prestar una gran atención, sino ideas bellas, situaciones intensas, interesantes, trágicas, conmovedoras, según las circunstancias; le corresponde al poeta proveérselas y al compositor reproducirlas de manera tal que la imaginación del espectador, al hacerse las sentir por medio de sonidos armoniosos tomados de la naturaleza, acoja las emociones que se le ofrecen. Como usted comprenderá, una tarea tan difícil no sería posible de cumplir por los caprichos de un poeta que no pensaría sino en sus versos y rimas, sin ocuparse de lo que tengan o no tengan de musical... Dejemos a esos grandes creadores decir lo que quieran; no quiero para nada su colaboración y estoy muy satisfecho del poetilla en almacigo de la tapicera que, él sí, hace lo que quiero».

EL MAL HUMOR DE UN MUSICO

Prometía Mme. Gluck acompañarle a los ensayos de Ifigenia. La obertura y dos tercios de la ópera transcurrieron pasablemente bien, aunque el compositor encontró miles de cosas para corregir. Pero cuando se pasó al estudio y ejecución de la tercera parte, todo estuvo a punto de fracasar. Gluck se hallaba fuera de sí; corría como un poseído de un extremo a otro de la orquesta; tan pronto eran los violines, como los contrabajos, las trompas como las violas, etc., quienes expresaban

mal sus ideas. Les interrumpía, les cantaba el pasaje, poniendo en él la expresión querida, les obligaba a recomenzar, les detenía de nuevo gritándoles con todas sus fuerzas: «¡Esto no vale nada!». Varias veces temí que llegase el momento en el que todos los instrumentos de la orquesta volaran sobre su cabeza.

Como yo conocía al primer violín, le pedí interpusiera su influencia para calmar los ánimos y hacer comprender a sus compañeros que Gluck, como extranjero que era, tenía muy vivo el carácter y empleaba a veces expresiones que sobrepasaban a su intención; pero que estaba muy lejos de querer ofenderles; lo único que le interesaba era el éxito de su ópera, éxito que deseaba ardentemente que todos se hicieran cuestión de honor en alcanzarlo con él. Gracias a esta gestión, los espíritus se calmaron y todo volvió al orden.

En el curso de uno de estos ensayos tumultuosos, porque los contrabajos habían tocado mal, giró tan brusca-mente su cabeza hacia el lugar que ocupaban, que su vieja peluca rodó por tierra. Estaba de tal forma dominado por su música que la señorita Arnoulde, que recogió la peluca con un aire cómicamente grave, se la puso de nuevo en la cabeza sin que él se diera cuenta.

UN ELOGIO HALAGADOR

El estreno de Ifigenia se anunciaba para el 19 de Abril. Gluck no estaba satisfecho, pero, no obstante, no mostraba tampoco la menor inquietud por la suerte que corriera su ópera. Su reputación ¿no estaba ya sólidamente establecida en Italia y en Alemania? ¿Qué le importaba en el fondo un éxito o un fracaso en Francia, donde la música estaba, por decirlo así, todavía en pañales? Todos los días llegaban numerosos visitantes y cartas elogiosas de sus nuevos partidarios; pero su puerta permanecía cerrada a los primeros y las cartas casi siempre quedaban sin respuesta.

De regreso al hotel, Gluck me rogó que cenara con él. Estábamos en los postres cuando llegó una carta dirigida a su nombre. La abrió y como de costumbre leyó de inmediato la firma. Vi con sorpresa que se emocionaba y que leía la carta con un placer visible. «¡Ah, exclamó después de leerla dos veces, por fin un elogio que me halaga! No se han perdido mis esfuerzos. Tomad, agregó pasándome la carta, leed vos mismo en alta voz». Leí entonces: «Caballero Gluck: Salgo del ensayo de vuestra ópera Ifigenia. Estoy encantado. Habéis realizado lo que yo he creído imposible hasta este día. Recibid mis sinceras felicitaciones y mis muy humildes saludos. J. J. Rousseau».

(De las memorias del caballero Christian de Mannlich).